

entra un 25 por 100 más de género que en una estrecha.

Y acaso fuera más exacto un 35 por 100.

En los momentos actuales, no hay economías pequeñas.

Esa tela malgastada representa días de pan.

En Alemania, por lo visto, nada se desperdicia.

Aprovechan hasta los balcones y terrazas para cultivar hortalizas.

En vez de geranios, perejil.

No mondan las patatas sino después de cocidas, porque al mondar, el 5 ó el 10 por 100 de pulpa comestible se queda en el cuchillo.

Aquel «tanto por ciento» que satirizó y condenó uno de nuestros dramaturgos, de los del tiempo rancio en que el dinero semejaba cosa desdeñable (lo cual, dicho sea entre paréntesis, no ha sido verdad ni entonces ni nunca); aquel tanto por ciento, digo, constituye la preocupación heroica de la hora presente, tan grave y decisiva.

Se ayuda a los que combaten, por medio del ahorro.

Se ahorra para vencer.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

«Alegrarnos nos manda el gran preboste, hoy a las doce en punto...»

El verso, ya proverbial para expresar la tiranía reglamentadora, acude a mi pensamiento cuando leo las órdenes y los consejos que los Gobiernos de las naciones en guerra promulgan y dan al país.

No mandan que la gente se alegre, pero sí otra cosa igualmente peliaguda: que no se entristezca.

En Alemania parece que se ha prohibido llevar luto arriba de tres meses, sea por quien sea, padre, marido, hermano.

El luto tiende una sombra, deprime, resta energía y valor a la población, que ha menester de todo su ánimo para afrontar tribulaciones como las presentes.

Y algo hay de cierto en estos efectos morales de luto universal.

Yo vi a París poco después de la *débâcle* de Metz y Sedán y el horror de la Commune.

Eran contadísimas las mujeres sin luto; tan contadas, que llamábamos la atención en la calle las vestidas de color, aún cuando, como me sucedía a mí, el color fuese obscuro, y la hechura corriente, según conviene a una viajera.

El Káiser por lo visto no quiere que Alemania se encoja de espíritu ante los negros.

Y, como otro gran Preboste, veda los paños funerarios.

Tal vez de esta guerra, de la cual van a salir tantas novedades, salga una más: la reducción del tiempo reglamentario del luto.

Todo el mundo conviene en que se llevan los lutos demasiado largos; que hay tendencia a la exageración en esta costumbre.

Además, la moda se ha mezclado en ello, y ha impuesto una multitud de detalles, no sólo caros, sino complicados y arduos.

El calzado, los guantes, han de ser de antilope, o al menos de lo que así se llama.

Ya no vale la antigua cabritilla lustrosa.

Nada que reluzca es compatible con el luto.

Todo mate, todo apagado, todo carbón.

Las joyas, cadenas, dijes y brincos, de pasta o de madera comprimida; las telas, sordas y lisas; un océano de crespón inglés; todo lo cual cuesta mucho bajo apariencias de modestia, y es frágil, y se aja en seguida.

Del vestuario anterior es aprovechable: los abrigos han de ser de paño deslustrado; las pieles, de astracán, pues ninguna otra es admitida en la rubrica del luto riguroso.

He aquí por qué muchos creen que el luto, racionalmente, debiera reducirse a un lazo en un hombro, a una gasa, a un signo convencional, que expresase la misma idea: «He sufrido una desgracia, y rindo un tributo de respeto a la memoria de una persona querida.»

No se limita el Káiser a perseguir el exceso del luto.

Acaba su Gobierno — si hemos de creer lo que la prensa repite — de aconsejar (claro es que no mandarán a la cárcel a las contraventoras), que las mujeres no sigan la moda de las faldas de vuelo, que ahora vuelven, después de largo período de fundas de paraguas.

La cuenta es fácil de echar: en una falda ancha

Y claro es que no son sólo los alemanes los que echan sus cuentecitas y tiran de la cuerda.

Los ingleses hacen exactamente lo mismo.

Según noticias, acaban de publicar unos folletos con instrucciones al menudeo, para que los ciudadanos aprendan sus deberes en el trance crítico.

Lo primero que recomienda el Gobierno inglés, es que nadie construya ahora casas.

En efecto, la preocupación de construir es demasiado imperiosa para que deje lugar a otras, y en estos momentos hay que pensar, ante todo, en lo que está pasando, en cómo salir del atolladero.

Además, no habrá muchos obreros disponibles para la construcción, porque estarán alistados, en su mayoría, y los que no lo hayan hecho, con las sufragistas se las entenderán.

Capaces son de ponerles enaguas, anchas o estrechas.

También encarga el Gobierno británico que el que se mude, lo haga a un piso de igual o menor precio que el que deje; nunca a uno más caro.

No deja de tener su filosofía el encargo.

Raro es que, al mudarse, no se aumente el renglón del alquiler.

Las nueve décimas partes de los que se mudan, lo hacen por encontrarse estrechos en el domicilio, y querer mayor holgura y comodidad.

Insensiblemente, los gastos antes crecen que disminuyen.

Y esto es lo que el «gran Preboste» inglés quiere evitar.

Sus instrucciones son realmente dignas de la mejor ama de casa, y llenas de buen sentido.

Persiguen esos dispendios enteramente caprichosos, canalillos por los cuales se sume y pierde el capital sin que ni aun quepa decir que se nota la mengua.

Hoy parecen necesidades muchas que no lo son, y de las cuales, sin embargo, no se prescinde.

Si se pudiese calcular lo que representan al año, al quinquenio, al decenio, ciertos caprichillos satisfechos con frecuencia, se quedaría asustado de la cifra que arrojaría el conjunto.

Se me dirá que así se fomenta la industria, y que nadie se arruina por gastar en bombones y en guindas al ron un par de pesetas diarias o poco menos. Un par de pesetas diarias, son treinta libras esterlinas al año.

Lo formulo en libras, para que resulte más británica la cosa.

¡Con harto motivo aconseja el Gobierno de Londres que no se consuman tantas golosinas, tantos bomboncitos!

Esta es la era triunfante de las humildes amas de casa, de las que, con vigilancia incesante y desdeñando burlas, vienen consagrándose a «defender la peseta» en el gasto diario.

A ellas no las cogerá de susto el que una peseta malgastada cada veinticuatro horas suponga quince libras anuales, suma que trabajosamente se reúne. ¡Váyaless con esto a la mayoría de nuestros compatriotas!

La importancia de ahorrar una peseta, la reconocen pocos.

Es gallardo, es caballeresco, es consuetudinario decir que «no va a ninguna parte» una peseta.

Va a quince libras anuales.

El Gobierno inglés, en la ración donde la vida es

más cara, donde el lujo tiene verdaderamente su solar, disfrazado con el hipócrita nombre de «confort», se dedica ahora a combatir la tendencia a ese «confort» que existe en el inglés de todas las esferas, y a recomendar la sobriedad esparciata.

Entre otras cosas, suprimanse las flores...

¡Cuánto se gasta en flores!

Hoy, hasta en los países atrasados, en los pueblos escondidos, la flor es un artículo de consumo.

Los que venimos siendo aficionados a la flor desde mucho atrás, nos admiramos de lo que tal afición ha cundido.

En España, Andalucía y Valencia cultivaron siempre claveles y rosas, mosquetas, malvas y balsaminas; pero hoy es otra flor la que prevalece; la flor fina y cara, las plantas de salón, los raros follajes; y veis a personas de clase social humilde, a obreros, a costureras (hasta a un mendigo llegué a ver), con rosas en la mano, recreándose en ellas.

Signo cierto de civilización, porque la flor, si no purifica el alma, la alegra y reconcilia con la naturaleza, y la predispone a la bondad.

Pero no está la Magdalena para ramilletes...

Tampoco está para viajes inútiles.

El excursionismo, invención inglesa si las hay, tiene que comprimirse.

Pocos viajes en automóvil, que se derrocha gasolina.

Y, dentro de casa, ¡también cuidado!

En vez de criados varones, hagan el servicio las *maids*, las mozas limpias, vestidas de percal claro, que sonrien agradablemente al presentar las *roties* del te...

Y ahora que me acuerdo, ¡también en el te ha puesto el Gobierno la veda!

Se bebe demasiado te en el reino Unido.

Otra superfluidad, que conviene recortar.

Y cuanto menos luz y menos carbón se gaste, mejor.

Respecto a la ropa sucia, como dijo no recuerdo si Tayllerand, debe lavarse en casa, no por recato, sino por economía, y asimismo plancharse a domicilio.

El caso es ahorrar los chelines de la lavandera y de la planchadora, que son un pico regular.

Vamos a la *toilette*...

Todos los Gobiernos conformes.

Lo mismo ingleses que alemanes y franceses, encargan muy encarecidamente que se reduzca a su mínima expresión, a lo que piden el decoro y hasta el agrado, pero quitando toda superfluidad extravagante e inútil.

Es cierto que con la *toilette* logró Francia, no sólo ingresos de muchos millones, sino su parte de influencia en el mundo, pudiendo corresponder la otra parte a la literatura, al teatro, y también, ¿quién habrá de negarlo? a la ciencia.

Y sin embargo, hoy Francia da la señal de suprimir perifollos y trapetes.

La reflexión que me sugiere este caso, es, naturalmente, referente a nosotros mismos.

El español es muy capaz de privarse de cualquier cosa, a cualquier hora, si se le pone en el moño.

Por lo mismo que el *confort* es aquí palabra nueva, y la idea que expresa más nueva aún, y que el español no es un refinado, un gozador de sensaciones delicadas y exquisitas, sino un estoico, un sufridor, como se ha podido observar en las luchas y fatigas de todo género que ha soportado la raza, sin esfuerzo renuncia a mil comodidades de la vida, a gustos y deleites.

Pero, ¡ah! Está el intríngulis en que los españoles son muy bien mandados...

¡Vaya!

Basta que se les ordene que hagan una cosa de un modo para que la hagan al revés, o no la hagan en absoluto.

Habría que oírlos, si les mandasen fumar menos, no copear, no bailar chotis.

— ¡Andá con el Gobierno! ¡Que vaya a fastidiar a su padre! ¡A mí, ni el Gobierno, ni San Gobierno, ni el mismísimo...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.